

# Misión Joven

Revista de Pastoral Juvenil



**Separata**

**MJ 525** (Octubre 2020)

estudios

Páginas 23-32

Del Discernimiento en pastoral  
a una Pastoral de discernimiento

SUSANA DE TORRES | JAIME MARTÍNEZ ACERO | SANTIAGO GARCÍA MOURELO, SDB

## Del Discernimiento en pastoral a una Pastoral de discernimiento

**SUSANA DE TORRES**

Profesora y coordinadora general de pastoral de salesianos Paseo de Extremadura (Madrid)

**JAIME MARTÍNEZ ACERO**

Profesor y coordinador de pastoral de bachillerato de salesianos Paseo de Extremadura (Madrid)

**SANTIAGO GARCÍA MOURELO, SDB**

Universidad Pontificia Comillas (Madrid)

### Síntesis del artículo

Los autores plantean la necesidad de no solo revisar las programaciones y actuaciones pastorales sino de hacer del discernimiento el *modus operandi* de cualquier praxis pastoral, tratando de responder no a nuestras preguntas sino a las preguntas que vienen de Dios. Para no adulterar el discernimiento es necesario hacerse las preguntas adecuadas. Analizadas las oportunidades y fortalezas de nuestra praxis pastoral hemos de suscitar el interrogante ¿Qué puede querer Dios de nosotros? El artículo propone algunas pistas de discernimiento en algunos ámbitos pastorales para concluir con algunos descubrimientos y convicciones que ayuden a los agentes pastorales a una auténtica pastoral de discernimiento.

**#PALABRAS CLAVE:** PALABRAS CLAVE: praxis pastoral, marketing pastoral, discernimiento, evangelio, centralidad de Dios.

### Abstract

The authors state the need not only to review pastoral programs and action but also to make discernment the *modus operandi* of any pastoral praxis, trying to answer not our questions but those that come from God. Therefore, to do not adulterate discernment is necessary to pose the right questions. After considering the opportunities and strengths of our pastoral praxis we should raise the question: What can God want from us? Hence, the article suggests some clues of discernment in several pastoral areas, to conclude with some discoveries and beliefs that may help pastoral workers towards an authentic pastoral of discernment.

**#KEYWORDS:** Pastoral praxis, pastoral marketing, discernment, gospel, the centrality of God.

Si el discernimiento, como se ha visto en los artículos precedentes, guarda su complejidad en la vida de cada bautizado, esta aumenta cuando lo que se pone en discernimiento es la acción pastoral. Sin embargo, por muy difícil, lento y costoso que sea, no hay otro cami-

no para responder mejor al querer de Dios; no solo sobre la comunidad que realiza una acción pastoral—Iglesia local, parroquia, colegio, centro juvenil, plataforma social, equipos concretos, etc.—, sino, también, sobre la realidad y el contexto en que está encarnada.

Dicho esto, queda claro que discernir en pastoral no significa preguntarse si se hace uso de esa metodología espiritual, o si se enseña a practicarla. Tampoco es «preguntarse por preguntarse», ni revisar, ni evaluar lo que hacemos. No se trata de preguntar sino, fundamentalmente, de responder y revisar si las respuestas ya dadas son las oportunas. Si hubiera que hacerse algunas preguntas, estas no serían las nuestras, sino las que Dios nos puede lanzar.

Desde aquí, podríamos pensar cuántos discernimientos son adulterados por no hacernos las preguntas adecuadas. Cuántos discernimientos no cuentan con el Evangelio como criterio y este es ahogado en función de otros que se consideran exigencias del momento. Cuántos discernimientos quedan mermados porque no se escucha a todos, por el motivo que sea, como si Dios hablase con más elocuencia a través de unos y de otros no. Cuántos discernimientos se convierten en juegos de intereses, de grupos, de simpatías y antipatías. Cuántos discernimientos quedan anestesiados porque hay rutinas, comodidades o inercias que no estamos dispuestos a abandonar y ni siquiera se someten a examen. ¿Cuántos? No lo sabemos, pero haberlos los hay.

En cierta manera, la redacción de este artículo ha sido un ejercicio de discernimiento; como decimos, difícil, lento y costoso. El contexto de su elaboración, en plena pandemia y con mil y una responsabilidades que absorbían tiempo, dedicación y corazón; la diversidad de experiencias y de referencias que tenemos quienes firmamos; el hecho de adentrarnos en un tema que, si bien es demandado, ha sido poco explorado; el tiempo de entrega que apremiaba a terminarlo; el clarificar qué se nos pedía, qué queríamos ofrecer y cómo debíamos hacerlo; etc., todo ello son las *pequeñas* dificultades que nos han asaltado durante unos meses. No sabemos si las hemos sorteado con destreza, pero aquí

están estas líneas que pretenden, ante todo, ser una invitación a discernir.

Por todos estos motivos, ofrecemos, en primer lugar, un breve y sucinto análisis de cómo vemos las cosas en este tema, con sus debilidades y sus oportunidades. A partir de él, invitamos a reflexionar sobre algunos ámbitos o acciones pastorales; quizá no sean las más importantes o urgentes. Son solo una vía para discernir otros tantos aspectos de la pastoral. Para terminar, sintetizaremos algunos descubrimientos, a modo de propuestas, que pueden ser inspiradores para los equipos que, eventualmente, quieran discernir la pastoral que se les ha confiado.

## 1 ¿Cómo vemos las cosas?

La mirada inicial, en lo que se refiere a discernir la pastoral, contempla una realidad con no pocas dificultades y amenazas; bien sean externas —por el contexto, la realidad concreta de los interlocutores o destinatarios—, o internas —por las estructuras o la realidad del sujeto comunitario que discierne—.

Por ejemplo, somos conscientes de que nuestra propuesta de acompañamiento y discernimiento muchas veces se ve limitada por el contexto sociocultural en el que vivimos. Ante la necesidad de buscar espacios, tiempos y personas que acompañen la vida de cada joven, el mundo en el que vivimos nos conduce a otra velocidad.

Hoy en día los jóvenes —y nosotros— escuchan mensajes contrarios entre la sociedad y la propuesta del Evangelio. Como agentes de pastoral, tratamos de ofrecer itinerarios secuenciados que les acompañen y ayuden en su camino, gracias a la experiencia personal y comunitaria, a descubrir la presencia de Dios en sus vidas. Sin embargo, la sociedad urge al efectismo y a la inmediatez; a buscar resultados rápidos e instantáneos, al *aquí* y

al *ahora*, y si es de manera individual, mejor. La concepción del tiempo, de la reflexión, de compartir con una comunidad y de la madurez en las opciones vitales, es bien distinta.

En cuanto a los procesos de búsqueda personal y maduración, les acompañamos y les animamos a que se abran al Espíritu a través de la oración, para que descubran en su historia personal cómo Dios se ha ido manifestando, y qué les puede estar pidiendo en este momento. En cambio, escuchan otras voces que les urgen a conseguir que los resultados en su vida sean verificables, cuantificables y siempre, por desgracia, bajo la dictadura de las emociones: «está bien o es lo correcto aquello que me hace sentir bien». Por esos motivos, a veces olvidamos que la experiencia de Dios no se puede encerrar en porcentajes o estadísticas, o cumplimiento de objetivos, y que tampoco puede limitarse a experiencias puntuales que *calienten el corazón* de manera efímera.

Ante esta realidad, ¿cómo ofrecer el Evangelio para que esté realmente presente en su vida? ¿De qué manera lo podemos presentar como la opción que salva, dignifica y da sentido pleno? Necesitamos encontrar cauces y lenguajes que lleguen y toquen su vida. Las redes sociales o diferentes *apps* parece que son el medio, sino el más conveniente, sí, al menos, el más cercano. Sin embargo, no conviene apresurarse, porque ser novedoso, creativo y hacer el mejor diseño puede provocar que entremos en un *mercado pastoral* donde busquemos potenciar nuestra imagen *de marca*, la repercusión mediática, el número de *likes* o el de seguidores... y poco más. El *marketing pastoral* vende, posiciona y atrae, pero quizá pone entre paréntesis los procesos personales de los jóvenes. Bien sabemos que el discernimiento no se mide ni por el número de visualizaciones ni por el cumplimiento de estrategias de comunicación. Ayuda, quizá, pero

no puede ser nuestro punto de partida, ni la verificación final que valide lo que hacemos.

Un lema o eslogan ayuda a la difusión del mensaje, pero sólo es el papel de regalo que lo envuelve. Corresponde hacer un discernimiento donde se priorice qué aspectos se quieren poner en valor, no porque sean *lo que toca* — campañas eclesiales, congregacionales, etc.—, sino porque queremos que sean el centro de nuestra acción evangelizadora. Sin duda, estamos obligados a volver a lo esencial, a *lo de siempre*—dicho peyorativamente— que, en algunos momentos, parece no estar presente aunque lo demos por supuesto y, quizá, no dejamos que nos interroge por si nos pone en jaque.

Junto a estos elementos externos —si se quiere ver así— que, inevitablemente, ejercen su influencia y tendremos que saber situar en su justa medida y valor, existen una serie de dificultades internas que conviene saber afrontar. Es decir, que dependen de nosotros. Dicho de otra manera, aquellos elementos que nos imponemos a nosotros mismos, dificultando nuestra labor.

Por ejemplo, quizá habría que preguntarse por cómo vivimos nuestra labor apostólica o por si dedicamos espacios y tiempos para llevarla a cabo. No tanto conforme a lo que podemos hacer —puesto que siempre ponemos todo de nuestra parte—, sino conforme a lo que la realidad demanda.

Frecuentemente dependemos de modos de funcionamiento que condicionan, desgastan o incluso pervierten la dirección de nuestros objetivos pastorales. A nivel escolar, por ejemplo, la burocracia, la dependencia económica de estructuras y nuevos proyectos que persiguen la formación académica de nuestros destinatarios, provocan que el discernimiento pastoral se quede sin espacios ni tiempos, tanto en su oferta y realización como en la formación y acompañamiento de los agentes responsables.

Ante esta situación, es urgente encontrar un equilibrio y favorecer espacios y tiempos de calidad donde los agentes de pastoral puedan discernir lo que se les ha confiado, compartir y rezar su vida, la vida de los jóvenes y abrirse al Espíritu. Tiempo cuidado y cualificado de discernimiento personal y comunitario para poder ofrecer a los destinatarios ese mismo proceso: descubrir la presencia de Dios en sus vidas y saber orientar la propia libertad hacia Él.

## 2 Oportunidades y fortalezas

Con todo, junto a estas dificultades y amenazas para el discernimiento pastoral, dentro del ámbito salesiano, o de otros carismas o instituciones con organizaciones y estructuras pastorales similares, podemos constatar un buen número de puntos fuertes.

Bien por herencia de nuestro carisma, por nuestra organización y estructura o, simplemente, por nuestra experiencia, quizá, el elemento más potente, es la distribución en ambientes dentro de una misma Presencia Salesiana<sup>1</sup>.

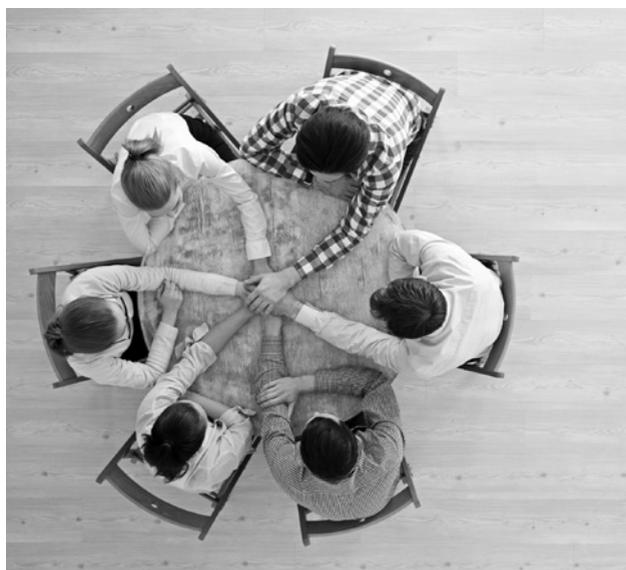
Esa estructura oratoriana, ha sido descrita desde cuatro iconos: una **escuela** que prepara para la vida, un **patio** para jugar y favorecer el encuentro con otros, una **casa** donde sentirse acogidos y una **iglesia** donde profundizar en la fe es, sin lugar a duda, una fortaleza que nos caracteriza<sup>2</sup>. Los jóvenes, desde diferentes perspectivas pueden ser interpelados por distintos educadores y crecer en diversas

dimensiones de manera coherente y unificada. A la hora de discernir y diseñar acciones pastorales, esta estructura ha de tenerse en cuenta ya que su potencial es enorme. ¡Qué lástima de oportunidades perdidas y de esfuerzos estériles cuando cada ambiente pastoral discierne —en el mejor de los casos— y actúa sin tener en cuenta a los otros!

Junto a esto, contamos con estructuras —operativas y de gobierno— que pueden ser muy válidas, si se tienen claras sus funciones y objetivos: nos referimos, por ejemplo, a los consejos pastorales, los equipos de trabajo y comisiones provinciales, las comunidades juveniles, las juntas directivas de las Asociaciones... son foros ya existentes y que, dotados de unos procedimientos y directrices claros y unificados, pueden producir frutos abundantes. También es cierto que, para ser relevantes, su funcionamiento debe alejarse de derroteros clericalistas —donde los proyectos dependan del cura que esté—, funcionalistas —donde las opciones pastorales no duran más que uno o dos años— o excesivamente volcados en la productividad y el efectismo.

<sup>1</sup> Los ambientes pastorales en una Presencia Salesiana son, por ejemplo, la Escuela, el Oratorio-Centro Juvenil, la Parroquia, la Plataforma Social..., cada uno con unos perfiles de acción y de destinatarios que, en ocasiones, pueden coincidir, y que convergen en la propuesta del Evangelio desde el carisma salesiano.

<sup>2</sup> Cf. DICASTERIO PARA LA PASTORAL JUVENIL SALESIANA, *La Pastoral Juvenil Salesiana. Cuadro de Referencia*, Direzione Generale Opere Don Bosco, Roma 2014, 126-131.



Pero no solo debemos hablar de las estructuras, sino de las personas. Ciertamente contamos con un capital humano muy capaz, formado y dispuesto, que puede aportar criterios clave muy válidos. Desde diversos estados, vocaciones, y experiencias de vida, los animadores, educadores, coordinadores, directivos... pueden ofrecer sus mejores recursos que hay que aprovechar en los grupos descritos anteriormente. Para eso, es indispensable dejar autonomía, generar corresponsabilidad y, no solo dar voz, sino también voto, en las eventuales decisiones que se deban tomar.

Mirando ahora los puntos fuertes que podemos encontrar en aquello sobre lo que no tenemos control directo, podemos encontrar también bastantes elementos. La creatividad y las nuevas formas de evangelizar, así como las oportunidades que nos brindan los medios de comunicación y las redes sociales, hoy son aspectos a tener en cuenta de cara al ejercicio del discernimiento, aunque siempre de manera equilibrada. Entender el mundo en el que se desenvuelven los destinatarios de nuestra acción pastoral nos ayudará a una planificación más fecunda. Además, las posibilidades son enormes: muchísimas más de las que existían hace, pongamos, veinte años.

Si profundizamos en este análisis del contexto podremos descubrir, por ejemplo, que hay un problema bastante generalizado de soledad en la sociedad. Es innegable que en los últimos años la manera de relacionarnos ha cambiado: en las formas y en el fondo. Las formas se han multiplicado; el fondo se ha superficializado. Tenemos más relaciones, pero de menos calado y eso hace que cualquier propuesta que favorezca la cercanía o el tener un ambiente de referencia en el que uno pueda ser uno mismo, sin la presión de los likes, se reciba de una manera más abierta.

El hecho de que cualquiera pueda encontrar multitud de propuestas, con solo realizar una

búsqueda en internet permite que las alternativas pastorales se puedan situar al mismo nivel de otras. En una sociedad en la que *todo vale*, también *vale lo nuestro* —bien lo sabemos— ... ¿por qué no vamos a hacer visible el Evangelio? Además, la realidad es que, debido a múltiples factores que no viene al caso enumerar aquí, existe un amplio desconocimiento de lo relacionado con Cristo. Como se ha dicho, puede llegar a darse una pastoral sin Jesús<sup>3</sup>. O sea, que se debe aprovechar la novedad de un primer anuncio, con todo lo grande y sorprendente que trae<sup>4</sup>. Se puede —y debe— además poner de relieve que esos valores de moda en la sociedad —solidaridad, fraternidad, servicio a los demás...—, que muchos no cristianos respetan, promueven y viven, no sólo tienen raíces evangélicas, sino que, para ser vividos en plenitud, han de integrarse en la propia vida como opción vocacional.

### 3 ¿Qué puede querer Dios de nosotros en...?

Encarnados en este contexto descrito, de manera parcial e insuficiente y, por eso, invitando a que cada lector repiense el suyo, hay algunos ámbitos, acciones o dimensiones de la acción pastoral que, quizá, reclaman un oportuno discernimiento.

- A vueltas con la visión de la Iglesia y el lugar de cada vocación

Un elemento que ha salido en el análisis precedente es el riesgo de cierto clericalismo, tan denunciado por el papa Francisco<sup>5</sup>.

<sup>3</sup> Cf. R. SALA (CON A. BOZZOLO, R. CARELLI e P. ZINNI), *Pastorale Giovanile 1. Evangelizzazione e educazione dei giovani. Un percorso teorico-pratico*, LAS, Roma 2017, 33-37. Trad. esp. Id., *Pastoral Juvenil: Evangelización y educación de los jóvenes. Manual teórico-práctico*, CCS, Madrid 2019, 27-30.

<sup>4</sup> Algo que suele olvidarse son las continuas llamadas del papa Francisco a hacer una pastoral kerigmática. Cf. EG 164-165; ChV 111-133; 214.

<sup>5</sup> Cf. EG 202.

En su trasfondo, late una comprensión de la Iglesia y de la responsabilidad de cada bautizado. Todavía, creemos, es muy fuerte la distinción clérigos-laicos en lo que se refiere a la corresponsabilidad de la misión eclesial. Independientemente de los estilos de sacerdocio o vida consagrada, puede darse una anulación de la vocación laical. Pues, aunque se hable de «misión compartida», la realidad se parece más a una «acción apostólica delegada» y siempre dirigida por clérigos o consagrados. Esta, no es una cuestión que atañe solo a estos últimos, sino, también, al laicado ¿hasta qué punto está cualificado? ¿Hasta qué punto asume la misión como propia? ¿Dónde deben estar cada uno y qué papel, rol o función deben ejercer unos u otros? ¿Qué espacios de decisión real debe tener cada uno? ¿Cómo integrar la inevitable impronta personal dentro de un proyecto que trasciende a las personas que lo conforman? ¿Cómo prevenir o corregir personalismos que degeneran en arbitrariedades?

- ¿Cómo organizarnos... según el Evangelio?

En el análisis de oportunidades y fortalezas previo se han mencionado algunas estructuras organizativas, operativas y de gobierno, ya existentes que son foros donde el discernimiento pastoral ha de darse necesariamente. Lo cierto es que, a menudo, se utilizan algunas de estas asambleas, prioritariamente, para otros menesteres. Por eso conviene que nos planteemos algunas de estas preguntas:

¿Qué pilares vertebran nuestras estructuras? ¿Organizamos nuestras actividades en función de dichos pilares? Cuando se constituye un grupo de trabajo... ¿se dedica a tiempo a reflexionar sobre los objetivos del mismo? Y teniéndolos claros... ¿se mantienen estos grupos fieles al espíritu inicial? ¿Se dedica suficiente tiempo en los equi-

pos a reforzar esos pilares vertebrales o pesa más el reparto de tareas a la hora de acometer actividades?

También se ha resaltado como una oportunidad la gran cantidad de personas con excelente formación, experiencia y criterio —siempre mejorables—, que pertenecen a estos órganos de gobierno u operativos. ¿Se podría decir que hay verdadera autonomía y participación de estas personas en lo tocante a sus responsabilidades?

Es bastante común encontrar lugares donde la acción pastoral está distribuida en diferentes ambientes; un ejemplo clásico de esta situación es el que nos encontramos en las escuelas en las que la catequesis de la Iniciación Cristiana depende de personal no docente —catequistas parroquiales, animadores de grupos, etc.— ¿Cómo se aprovechan las estructuras que ofrece cada uno de los ambientes para fortalecer al resto? Por ejemplo, el cariño y el sentido de pertenencia que los alumnos pueden sentir por su colegio... ¿se aprovecha o sirve de resorte en las estructuras de Catecumenado?

Ciertamente las estructuras organizativas, aunque sean sólidas, no garantizan un discernimiento pastoral de calidad. Es necesario reservar, de manera explícita, tiempos de calidad para conseguirlo.

- El acompañamiento: un tema recurrente y ¿desgastado o desvirtuado?

Caminar junto a los jóvenes y acompañarlos en su proceso de discernimiento es una labor pastoral privilegiada. Es entrar en su vida «con permiso», descalzarse porque «estamos pisando tierra sagrada», y con humildad, rezar juntos «su vida». Antes de comenzar un acompañamiento debemos preguntarnos:

¿Tengo experiencia personal de lo que es el acompañamiento? ¿Cómo es mi vida de fe? ¿Realmente me siento preparado y formado

para acompañar a un joven? ¿Hasta dónde se puede llegar? ¿Es legítimo iniciar procesos sin poder dar el seguimiento necesario? ¿Se pueden generar experiencias contraproducentes por llamar «acompañamiento» a una tutoría individualizada, un seguimiento personal...? ¿Dónde comienza y cuándo acaba mi labor como acompañante?

- La dimensión litúrgica o sacramental: una asignatura pendiente

Un elemento clave de toda pastoral es la cuestión celebrativa o litúrgica; al fin y al cabo, es el lugar por excelencia donde la comunidad se visibiliza, reconforta y alimenta. Siendo tan central para la vida de todo bautizado, cabría preguntarse si las celebraciones que ofrecemos a los destinatarios corresponden a un itinerario pensado y reflexionado, o sólo las ofrecemos por el cumplimiento de la programación. Esto no significa que no haya que programarlas, ni que no haya que cumplir lo programado, sino que pone un interrogante sobre la necesaria pedagogía litúrgica que debiera articularse y desarrollarse. Creemos que este elemento, si es clave para la vida del cristiano, debe serlo, también, en los itinerarios pastorales que se propongan.

Así, para discernir esta acción eclesial, podríamos preguntarnos ¿Cómo se trabaja la dimensión sacramental de la realidad, desde los más pequeños a los jóvenes? ¿Qué itinerarios celebrativos ofrecemos? ¿Qué participación activa fomentamos? Quizá, la cuestión no sea tanto la de *explicar* símbolos, acciones o ritos, sino la educación espiritual para cada uno de ellos. Es decir, educar a cómo vivirlos, indicar cómo nos transforman y saber conectarlos en la globalidad de la vida.

En el fondo, en la vida cristiana, todo está conectado, y de nada sirve ritualizar formalmente unos momentos, sino hay una corre-

lación vital con ellos. ¿En qué medida educamos para que la celebración de los sacramentos sea transformadora en la vida del niño o adolescente que se está iniciando? ¿Cómo se vincula la vida comunitaria, en su expresión celebrativa, con la vivencia personal de la fe?

- Lo vocacional y las experiencias de compromiso

Cuando acompañamos a un joven a discernir sobre su vida, caminamos junto a él para que descubra la presencia de Dios en su vida y la misión a la que está llamado; por tanto, el hallazgo de la vocación, de lo que Dios le está pidiendo y la respuesta personal, van unidos en este camino de discernimiento, de oración y de pequeñas o grandes opciones. Ante esta realidad nos podemos preguntar: si dentro del propio discernimiento está implícito descubrir la vocación, ¿por qué es necesario distinguir una pastoral vocacional como un proceso aparte? ¿Debería empapar todo o planteamos procesos vocacionales para interpelear a los jóvenes en momentos puntuales y claves de sus vidas? Cuando les hablamos de la vocación ¿reflexionamos y planteamos un itinerario que acompañe al joven en su proceso de discernimiento vocacional, o nos limitamos a ofrecer testimonios o experiencias de una manera esporádica?

En cuanto a la misión a la que están llamados, ¿ayudamos a los jóvenes a descubrir qué significa el compromiso? ¿Les ayudamos a mirar con otros ojos la realidad que les rodea? ¿O les damos una oferta cerrada de *lugares* para llevarlo a cabo? ¿Instrumentalizamos el compromiso de nuestros jóvenes porque les necesitamos para llegar donde no llegamos nosotros o para mantener una serie de actividades? ¿Queremos que se comprometan de manera puntual, o les ayudamos a descubrir que

debe ser algo permanente y que se transforma a lo largo de su vida? ¿A qué queremos que se comprometan? ¿Qué tiene que decir Dios en todo esto?

- Una pastoral sin recorrido ni finalidad ¿Qué pasa con la Iniciación Cristiana?

En el contexto en el que estamos, la acción pastoral, en ocasiones, se contenta con ofrecer una visión amable de la fe y de la Iglesia. Son muchos los prejuicios que derribar y muchos los desconocimientos que sortear. Pese a que esto sea necesario, parece que, en no pocas ocasiones, nos quedamos ahí. A penas se inician procesos. A penas existe un itinerario que ofrecer a continuación. Por más que se diga lo contrario ¿nos habremos instalado en una pastoral de actividades?

Esto se puede observar con claridad en el ámbito escolar, pero no solo. No hay más que observar cómo se ha reducido la Iniciación Cristiana a la recepción de algunos sacramentos de iniciación. Una cosa es que esa

sea la demanda, por desconocimiento de unos padres que solo quieren que su hijo reciba la Primera Comunión y otra, muy distinta, es que solo se ofrezca eso y se *pase por el aro* de recibir los sacramentos de iniciación, como si fuesen las graduaciones de una etapa escolar.

Por otra parte, cabe preguntarse hasta qué punto no se han escolarizado los procesos y la vida cristiana, en el sentido de que, cuando llega el verano, todo se para y todo se olvida. ¿Por qué los grupos de fe se ajustan al calendario escolar? ¿No suscita interrogantes el hecho de que los jóvenes *dejen de vivir* algunas dimensiones de su fe—celebración, oración...—en verano? ¿Hasta qué punto son protagonistas de su Iniciación Cristiana? ¿Hasta qué punto han *entrado* en auto-proceso, sin dependencia de una estructura pastoral que facilite unos ritmos de vida cristiana? ¿Nos tomamos en serio la personalización? ¿Nuestras acciones pastorales conducen a *hacer* cristianos maduros o a facilitarlos?



- La delicada cuestión de la interioridad

En los últimos años se han dedicado muchos esfuerzos y recursos para promover una cierta cultura de la interioridad, al observar que la sociedad nos ha venido empujando en sentido contrario. Esto se ha dado no sólo en ambientes eclesiales, —y sería fácil mencionar ejemplos— sino al margen de cualquier profesión de fe, en los que la meditación, la introspección, el silencio interior... se han puesto de moda. Tentados por subir a ese tren, desde la Iglesia se han multiplicado los itinerarios de iniciación a la oración o las experiencias de interioridad. ¿Cómo garantizamos que nuestras propuestas se distingan de otras de *nueva ola*? ¿Cómo educar la interioridad para que sea el cauce para una auténtica relación con Dios? ¿Nos preocupamos lo suficiente de poner en valor la riquísima tradición de la Iglesia en este ámbito o nos resulta menos contracultural, más sencillo, importar elementos que no nos son propios?

En un mundo que defiende a ultranza el individualismo, las propias fuerzas para conseguir cualquier cosa que nos proponemos sin contar con nadie —o Nadie— más... ¿Cómo garantizamos que nuestros itinerarios de interioridad nos dirigen hacia a Aquel que todo lo puede y sin el cual no podemos hacer nada? ¿Qué pasos previos se han de dar o experimentar para poder verdaderamente educar el interior?

## 4 Algo de luz, en medio de tanta pregunta

La verdad es que, después de estos interrogantes, que no son los únicos y, quizá, deban hacerse otros sobre otras tantas cuestiones —p. e., la responsabilidad económica de cada bautizado en la Iglesia, la formación bíblica o teológica, el compromiso sociopolítico, etc.—, cualquiera puede quedar desbordado. No es esa la

intención. Pero, aunque no sea fácil comenzar a responderse esas preguntas, si no se quiere caer en la esterilidad o en la superficialidad, por lo menos hay que plantearlas.

Con todo, pese a que no haya respuestas cerradas, algunos descubrimientos hemos podido hacer. Al fin y al cabo, como decía E. Wiesel, «las dudas pueden llegar a ser creadoras»<sup>6</sup> y solo cuando se da un paso en un contexto incierto, es cuando se adquiere algo de luz. ¿Cuáles hemos adquirido? Brevemente, porque llegamos al límite de este artículo, estamos convencidos de lo siguiente:

Es importante, no solo no olvidar que esto es de Dios —más allá de nuestros afanes, desvelos, éxitos o fracasos—, sino tener la audacia de cuestionarse si lo que se hace o se ha hecho, responde a su querer. Se trata de adquirir la clave teológica de una lectura de los «signos de los tiempos», como pedía el Concilio (*GS 4, 11*), en aquello que vivimos. Esta cuestión, ante todo, es una dinámica espiritual que afecta a la vivencia de la fe en aquello que estamos embarcados. Como recientemente se ha propuesto, es cuestión de escuchar, interpretar y elegir (cf. *ChV 39-42*) con Él y desde Él.

Como podemos imaginar, esta clave ha de ser prolongada y continuada en el tiempo. De ahí que los procesos de discernimiento deban estar en continua verificación, diálogo con la realidad y reformulación. No han de ser algo puntual, sino que deberían aspirar a convertirse en el *modus operandi* de toda acción pastoral, porque son el *modus vivendi* de quien la lleva adelante.

Con esto de fondo, a un nivel más concreto u operativo —que no por eso deja de ser fundamental—, es la necesidad de dedicar tiempos de calidad para el discernimiento. Si, de por sí, es algo costoso, cuánto más si el dis-

<sup>6</sup> E. WIESEL, *Contra la Melancolía*, Caparrós, Madrid 1996, 8.

cernimiento es comunitario. Urge sustraerse de la inmediatez y de la productividad de las acciones, de tener los materiales, los proyectos, los planes, los papeles... Eso es realmente lo contracultural, no tanto lo que se hace cuanto el modo y la manera de hacer las cosas.

Directamente vinculado con esto, está la cuestión de la cualificación de quien discierne. Ni todos somos expertos —por eso es algo costoso—, ni todos carecemos de una palabra donde resuene en querer de Dios —por eso hay que escuchar a todos—. Por eso es necesario la cualificación de los equipos de pastoral. No tanto a nivel instrumental, de *saber hacer*, cuanto a nivel de *ser*. No discierne pastoralmente quien no es creyente. Esto no significa que haya que excluir a quienes están al margen de la fe y trabajan en acciones pastorales, pues se caería en la endogamia, sino saber, en primer lugar, dar voz a todos, en los diferentes momentos del discernimiento y, en segundo, establecer itinerarios para que aquellas personas acojan la novedad y la vida que solo el Evangelio es capaz de dar.

Junto a estas cuestiones, que son más de fondo, podemos situar otras puntuales o coyunturales, como, por ejemplo, la necesidad de tomar conciencia del momento eclesial en que se vive, en general y en lo concreto. Los acentos cambian, las sensibilidades también. En otros tiempos se incidía en el compromiso y en la transformación social, hoy se incide en lo comunitario, en lo celebrativo, en el desarrollo espiritual. De manera semejante, la atención a esos movimientos de sensibilidad eclesial, más vinculados al tiempo en que se vive, pide el conocimiento de la realidad eclesial más cercana. Los espacios de participación diocesana o el conocimiento y colaboración con otras instituciones eclesiales pueden ofrecer luz sobre lo que se hace,

sumar esfuerzos, crear sinergias, más allá del pequeño ámbito donde nos movemos.

En la misma dirección de sumar, de aunar, de aglutinar, de compartir, está la necesidad de establecer procesos donde todos se sientan partícipes. Pensemos en los ambientes de una Presencia Salesiana, arriba mencionados. Si lo central son las personas y no las estructuras, estas deben tener espacios de participación porque todos somos corresponsables en la misión común, que es la de Jesús. En la medida en que la participación en los procesos de discernimiento sea amplia, así será la implicación de cada uno en aquello que se decida. Si no, se caerá en el verticalismo, en el funcionalismo, en el «tú o vosotros mandáis», yo o nosotros obedecemos».

Para terminar, conviene recordar aquella luz con la que comenzábamos este apartado: que todo depende y se decide en Dios. Quizá, para salir de cierta ansiedad o frustración por no llegar a acertar, por no lograr procesos completos, sea necesario relativizar aquellas programaciones o proyectos en los que tanto confiamos. Bien sabemos —basta recordar el propio proceso personal—, que la educación en la fe no se ajusta ni se verifica según actividades y objetivos, sino por una vida hecha de decisiones y opciones concretas, maduradas en el tiempo, sostenidas y acompañadas por una comunidad y algunos de sus miembros, por momentos cotidianos o perdidos en la memoria y otros muy especiales, que dejan huella y marcan el carácter. Eso no significa no tener que sentarse, discernir, arriesgarse a programar, y empeñarse por llevarlo adelante, sino saber integrar todo eso en el convencimiento de que es de Dios de quien dependen las cosas; trabajando como si todo dependiera de nosotros, pero sabiendo que, en realidad, todo depende de Dios.

SUSANA DE TORRES  
JAIME MARTÍNEZ ACERO  
SANTIAGO GARCÍA MOURELO